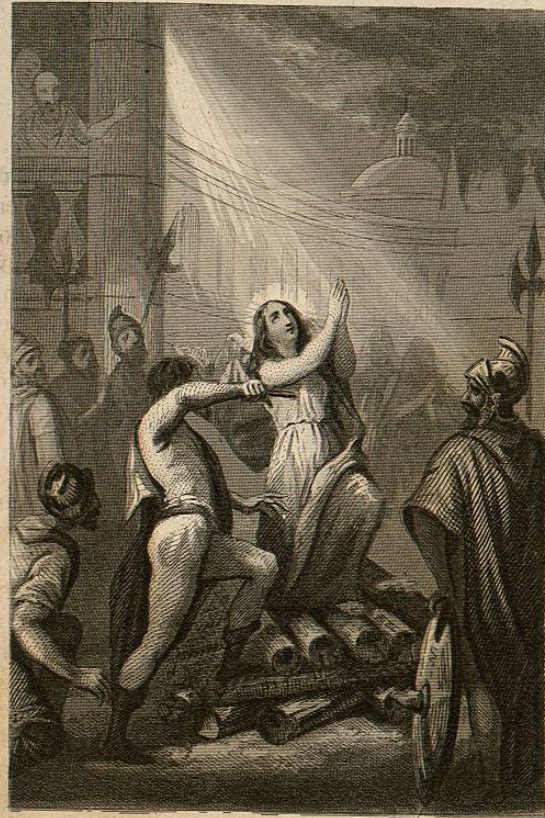


DIA VEINTE Y UNO.

SANTA INÉS, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Inés, admirada de todo el mundo, como dice san Jerónimo, y tan celebrada en toda la universal Iglesia, nació en Roma hácia el fin del tercer siglo de padres nobles, ricos y virtuosos. Los grandes dones que desde luego descubrieron en su hija, contribuyeron no poco á aumentar el desvelo con que se aplicaron á cuidar de su educacion. Criáronla en un grande amor á la religion cristiana, y desde sus mas tiernos años formó Inés una idea cabal del estado feliz de la virginidad.

Las instrucciones de sus padres solo sirvieron de fomentar las impresiones de la gracia. El Espiritu Santo habia producido en aquel tierno corazón unos sentimientos tan nobles y tan cristianos, que á los diez años de su edad parecia haber llegado á una consumada y eminente perfeccion. Amó á Dios, dice san Ambrosio, desde que pudo conocerle, y se puede decir que le conoció desde que nació. Las diversiones de la niñez eran únicamente los ejercicios de la devocion mas tierna. Fué niña en los años, pero no en las inclinaciones ni en los sentimientos. Su rara hermosura añadía nuevos realces á su modestia. Era extraordinaria su piedad, y la extrema ternura con que amó á la Reina de las virgenes casi desde la cuna, la inspiró un amor y una estimacion tan grande de la virginidad, que apenas tenia uso de razon cuando se resolvió á no admitir nunca otro esposo que á solo Jesucristo. No tenia mas que trece años cuando su hermosura y su raro mérito hacian gran ruido en la corte.

S^{TA} INÉS, V. Y M.

Vióla un dia por accidente Procopio, hijo de Sinfonio, gobernador de Roma, y quedó tan ciegamente enamorado de ella, que resolvió tomarla por esposa. Informado el padre de la calidad y de las grandes prendas de la doncella, aprobó mucho el pensamiento de su hijo; pero era menester el consentimiento de Inés. El primer paso que dió Procopio fué enviarla un rico regalo, declarándola al mismo tiempo el fin de sus honestos deseos; pero el desaire que le hizo en no recibirle, y el desprecio con que se lo volvió, no produjeron otro efecto que el de aumentar su pasion. Sirvióse de cuantos artificios pudo, y de cuantos medios discurrió para conquistarla: ruegos, promesas, amenazas, todo lo empleó, pero todo inútilmente. El último recurso de que se valió fué buscar modo para hablarla él mismo, no dudando que al cabo se rendiria á sus ternuras y á sus solicitudes; pero todo quanto pudo sugerirle una pasion ciega, vehemente y persuasiva, solo sirvió para desengañarle de la ineficacia de sus mayores esfuerzos; porque animada Inés de un espíritu y de una firmeza muy superiores á sus años, le dijo con resolucion: *Apártate de mi, aguijon del pecado, tentador importuno, y ministro del padre de las tinieblas. No te canses en aspirar á la mano de una doncella que ya está prometida á un Esposo inmortal, único dueño del universo, y que solo dispensa sus favores á las virgenes puras y castas.*

Una resolucion tan majestuosa y una respuesta tan desengañada, como poco prevenida, llenó á Procopio de desesperacion. Exaltada furiosamente su pasion, se dejó poseer de una cruel melancolia. El padre, que le amaba con extremo, resolvió valerse de su autoridad para lograr el beneplácito de los padres y el consentimiento de la hija. Llamóla á su casa; y habiéndola recibido con toda la atencion que correspondia á su calidad y á su mérito: No ignorarás, la

dijo, el fin para que te he llamado. Mi hijo desea apasionadamente ser dichoso, mereciendo tu mano; tu nobleza y la noticia que tengo de todas tus bellas prendas, me hacen aprobar gustoso su acertada elección: pareceme que tampoco tú podrás aspirar á mejor partido; y no me persuado que serás tan enemiga de tí misma, que no abrasces al instante esta proposición.

Inés, á quien el cielo había dotado de una prudencia y de una discrecion superiores á sus pocos años, respondió con singular modestia, pero con igual resolución, que conocia bien la grande honra y la mucha merced que se la hacia en pensar en ella; pero que ya tenia escogido esposo mucho mas noble y mas rico que Procopio; que á la verdad las riquezas de tal esposo no eran de este mundo, pero que por lo mismo eran mucho mas preciosas; y que la virginidad, que ella estimaba mas que todas las coronas del universo, era la única dote que su esposo la pedia. Quedó confuso el gobernador mostrando no entender quien era aquel esposo de quien Inés le hablaba. Un caballero, que se hallaba presente, le dijo: Señor, esta doncella es cristiana, y desde su niñez está criada en las extravagancias de esta secta; con que no dudeis que ese divino esposo de quien habla, es el Dios de los cristianos.

Entonces, mudando el gobernador de tono y de modales: Ya veo ahora, la dijo, que es lo que te tiene trastornada la razon y alucinado el espíritu. Déjate, hija mia, de esas ideas frívolas de virginidad; déjate de esos supersticiosos fantasmones con que esa secta llena las cabezas de todos los que la siguen. Sean nuestros dioses desde hoy en adelante el único objeto de tus cultos; sean sus máximas la regla de tus dictámenes y de tus operaciones. No hagas ostentacion de la ceguedad, mete en casa el buen dia, y tiendo

los brazos á la fortuna que te los alarga, brindándote con una elevacion de tanta honra para tí. Reflexiona bien lo que desprecias, y hazte cargo de que si lo abrazas, ocuparás un lugar tan distinguido en la cabeza del universo, poseerás grandes riquezas, serás una de las primeras señoras del mundo, y harás dichosa á toda tu casa. Por lo demás, añadió en tono imperioso y severo: Solo tienes veinte y cuatro horas de término para tomar tu partido: escoge, ser la primera dama de Roma, ó espirar infamemente en los mas crueles tormentos.

« Señor, le replicó santa Inés, no he menester tanto tiempo para determinarme, porque mi partido ya está tomado: desde luego os declaro que no admitiré jamás á otro esposo que á Jesucristo, asi como nunca reconoceré á otro Dios que al soberano Criador de cielo y tierra. Y me admiro tengais valor para proponer á una persona de razon, que adore á unos dioses de palo y de piedra. No penseis espantarme con la amenaza de los mayores suplicios; porque si reconozco en mí alguna ambicion, es únicamente la de añadir la corona de mártir á la de virgen. Niña soy y soy flaca; pero confío en la gracia de mi Señor Jesucristo que me dará fuerzas para morir por su amor. »

Atónito quedó el gobernador al oír una respuesta tan animosa; pero volviendo de su primer asombro, quiso hacer la última tentativa. Como la santa mostraba tanto amor á la virginidad, le pareció que nada la intimidaria tanto como amenazarla con que haria fuese violada su entereza; y asi la dijo: Escoge una de dos: ó casarte con Procopio, ó ser deshonorada en el lugar infame de las malas mujeres antes de espirar en los tormentos.

« Tengo colocada toda mi confianza en mi divino esposo Jesucristo, respondió la santa. Él es pode-

» roso para librarme de tus violencias; y él es tan
 » zeloso de la pureza de sus esposas, que no permi-
 » tirá las quiten un tesoro que dimana de él, y que
 » está debajo de su custodia. Vuestros dioses hedion-
 » dos y malvados os inspiran semejantes infamias;
 » pero el Dios de la pureza, á quien yo sirvo, sabrá
 » libertarme de vuestros impíos intentos.»

Espumando Sinfronio de ira y de furor, mandó que al instante la cargasen de cadenas. Al punto trajeron los ministros una multitud de argollas, grillos y esposas, que con el ruido y con la vista hacian estremecer; pero Inés no mudó ni de color, ni de semblante, ni de lenguaje en presencia de los verdugos y de los instrumentos. Mantúvose serena en medio de aquel funesto aparato; y oprimida con el peso de las cadenas, estaba libre, porque no se habian hecho aquellos hierros para un cuerpecillo tan pequeño. Enternecianse todos, sin poder contener las lágrimas hasta los mismos paganos; pero Inés no podia disimular su alegría, agobiada debajo de las prisiones.

Llevaronla como arrastrando al templo para que ofreciese sacrificio á los ídolos; pero esto solo sirvió para que confesase mas públicamente á Jesucristo en presencia de mayor concurso. Moviéronla por fuerza la mano; mas ella hizo la señal de la cruz, levantando, por decirlo así, este trofeo sobre los mismos altares de los demonios.

Confuso el gobernador con la constancia de aquella doncellita, sin darse por vencido se hizo mas furioso. Creyendo, y con razon, que el lugar infame de las mujeres perdidas la causaria mas horror que la misma muerte, la hizo conducir á él; pero un ángel la defendió, y desprendiéndose de lo alto una celestial luz, convirtió aquel hediondo lugar en oratorio, santificado con las oraciones y con los votos de la santa virgen.

Solo Procopio, mas osado que los demás, se atrevió á entrar con resolucion de profanarle; pero al instante cayó muerto á los piés de la santa. Llenó de consternacion á todos un caso tan espantoso. Traspasado de dolor el prefecto con la muerte de su hijo, mudó las bravatas en súplicas y en ruegos, y pidió á Inés que resucitase á Procópio. Apenas levantó los ojos y las manos al cielo, cuando volvió á la vida el infeliz y ya dichoso mancebo, porque volvió publicando en alta voz que todos los dioses de los gentiles eran vanos y quiméricos, y que no habia otro verdadero Dios sino el que adoraban los cristianos.

Como habia sido tan interesado el gobernador en aquel evidente milagro, no pudo menos de mostrarse favorable á santa Inés; pero los sacerdotes de los ídolos que habian concurrido á la voz de aquella maravilla, conmovieron tanto al pueblo contra la santa virgen, tratándola de hechicera, de maga y de sacrilega, que el gobernador, temiendo una sedicion si la libraba, y no atreviéndose á condenar á muerte á la que habia dado á su hijo la vida, tomó el partido de retirarse, y cometer la causa á Aspasio su teniente. Intimidado este con los gritos del pueblo, que clamaba contra Inés como contra una maga y hechicera, dió sentencia de que fuese quemada viva.

Previénese la hoguera, llénase el pueblo de espectacion, y arde en una furiosa impaciencia de ver reducida á ceniza aquella dichosa víctima; pero el fuego la respetó reverente. Divididas las llamas en dos partes, la dejaron intacta en medio del brasero como se conservaron ilesos los tres mancebos hebreos en el horno de Babilonia; pero arremolinadas despues las mismas llamas por uno y otro lado, abrasaron á muchos de los circunstantes que hacian el oficio de verdugos.

En fin, obstinándose siempre los sacerdotes y el

pueblo en atribuir aquellas maravillas à industria y artificio del demonio, y temiendo el teniente algun alboroto, mandó que un verdugo la degollase en el mismo lugar donde habia de ser quemada. Impaciente entonces la santa con el ansia de unirse para siempre en el cielo con su divino Esposo, le suplicó que se dignase en fin consumir su sacrificio: y volviéndose al verdugo que se iba acercando à ella con una especie de temblor y miedo reverencial, le alentó à que cumplierse con su oficio, diciéndole con valor: « Date » priesa à destruir este cuerpo, que no ha tenido la » desgracia de agradar à otros ojos que à los de mi » divino esposo Jesucristo, el cual fué siempre el » único dueño de mi corazon. No temas darme una » muerte que comienza à ser para mi el principio de » una vida eterna; y levantando amorosamente los » ojos hácia al cielo: Recibid, Señor, exclamó, à esta » alma que tanto os costó, y à la cual amais vos » tanto. » Al acabar de decir estas palabras, el verdugo con mano trémula la pasó la espada por el pecho, y al instante espiró. De esta manera, dice san Jerónimo, Inés, haciéndose superior à la natural flaqueza de su edad y de su sexo, consiguió dos victorias del enemigo de Jesucristo; y consagrando por el martirio el honor de la virginidad, mereció en el cielo una duplicada corona.

No pudo estorbar todo el furor de los paganos que el cuerpo de la santa fuese enterrado como con una especie de triunfo. Los muchos milagros que desde luego se comenzaron à obrar en su sepultura aumentaron la devocion de los fieles, y desde entonces se hizo célebre el nombre de santa Inés en todo el orbe cristiano. No contentándose la Iglesia con solemnizar una fiesta en honra de la santa, hace dos veces memoria de ella. El dia 21 celebra su pasion y su gloriosa muerte en la tierra, y el 28 solemniza su naci-

miento en el cielo. El concurso à su sepulcro fué siempre muy numeroso, no solamente de los fieles, sino tambien de los mismos paganos, que se mezclaban con ellos para entrar à la parte en los milagrosos favores de la santa. Edificóse en el mismo lugar una magnífica iglesia con el titulo de santa Inés, desde el tiempo del Grande Constantino; y en esta iglesia de santa Inés se bendicen todos los años dos corderitos vivos, de cuya lana se forma el *pallio* que los papas envian à los arzobispos.

La oracion de la misa es la que sigue.

Omnipotens sempiterno Deus, qui infirma mundi eligis, ut fortia quæque confundas; concede propitius, ut qui Beata Agnetis virginis et martyris tuæ solemnia colimus, ejus apud te patrocinia sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Todo poderoso y sempiterno Dios, que escoges lo mas flaco del mundo para confundir à lo mas fuerte; concédenos por tu clemencia, que los que hoy celebramos la fiesta de la bienaventurada virgen y martir santa Inés, experimentemos tu poderosa es su intercesion para contigo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 51 del libro del Eclesiástico.

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundum multitudinem misericordiæ no-

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio. Porque has sido mi ayuda y mi protector, glorificaré tu nombre, y porque libráste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libráste segun la muchedumbre de la miseri-

minis tui à rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me : à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuata : de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata: et à verbo mendacii, à rege niquo, et à lingua injusta : audabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et libera eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

cordia de tu nombre de los leones rugientes dispuestos à devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor de la profundidad de las entrañas del inferno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira, de un rey injusto y de las lenguas maldicientes : mi alma alabará hasta la muerte al Señor : porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras à los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

« Los Griegos llaman al libro de donde se saca la epistola de este dia, *la Sabiduria de Jesus, hijo de Sirach*, y los latinos le dan el nombre del *Eclesiástico*, esto es, como ya se ha dicho, *el libro que predica*. Este es uno de los últimos libros del Testamento antiguo, y se compuso cerca de 285 años antes de la venida de Cristo. En el capitulo que la Iglesia aplica à las vírgenes y mártires, Jesus hijo de Sirach da gracias à Dios porque le libró de grandísimos peligros. »

REFLEXIONES.

¿ De cuántos peligros nos ha librado el Señor? ¿ cuántas gracias le hemos rendido por estos beneficios? ¿ cuántas le rendimos el dia de hoy?

Retrocedamos con la consideracion à los primeros años de nuestra edad; à aquellos dias inmediatos à

los primeros en que comenzamos à vivir. ¡ Cuántos invisibles socorros en mil peligros presentes! ¡ qué secreta providencia en cien reencuentros! Si pudiéramos traer à la memoria toda la historia de nuestra infancia y de la edad mas avanzada; si fuéramos capaces de desenvolver toda la interior economia, descubriríamos sin duda cien pequeños milagros obrados en nuestro favor. ¿ Y quién se acuerda de dar gracias al Señor y de mostrarle su reolocimiento? Algun dia conoceremos de qué consecuencia fueron todos esos beneficios, cuando conozcamos el daño que nos hizo nuestra ingratitud à ellos. ¿ Serà ya tiempo de dar gracias à Dios por tantos favores?

Grande lo es sin duda la proteccion del Señor en los peligros de la vida; ¿ pero serà menor la que nos dispensa con tanta frecuencia librándonos de los del alma? ¡ O, y con cuánta razon podemos exclamar con el Sabio : *Librásteme, Señor, segun la multitud de tu misericordia, de los leones rugientes, que, cercándome por todas partes, procuraban devorarme!* Si Dios es nuestro defensor y nuestro protector, ¿ quién nos podrá dañar? Una gran confianza en Dios cuando es sostenida por una grande inocencia, ó à lo menos por una penitencia constante y por un deseo sincero de no negar nada à Dios, es una poderosa, es una fuerte trinchera. El Sabio tenia poco mas ó menos los mismos enemigos que nosotros, la misma violencia de pasiones, los mismos falsos amigos, las mismas injusticias de parte de los concurrentes, la misma malignidad de los envidiosos, los mismos artificios de los disimulados, todos falaces, todos temibles; las mismas mordeduras de los calumniadores, la misma mala fe, la misma crueldad, las mismas injusticias. En medio de todos estos peligros, rodeado de todos estos enemigos, está seguro à la sombra de la proteccion divina. No son hoy mas frecuentes las tempestades que lo eran en-

tonces, ni son las adversidades mas abundantes. Los escollos son los mismos; el brazo del Señor no se ha encogido; su misericordia no se ha dilatado; ¿pues de dónde nace que no experimentemos la misma protección? ¿No será quizá porque nosotros no nos gobernamos por los mismos principios? Sirvamos á Dios con fidelidad, coloquemos en él toda nuestra confianza, vivamos como los santos; y como ellos bendeciremos al Señor, porque nos ha librado de las aflicciones que iban á oprimirnos, de las llamas que nos cercaban y del mismo infierno que nos estaba esperando con la boca abierta. Sirvamos á Dios con fervor; adorémosle en espíritu y en verdad; amémosle sin reserva, sin tibieza; y entonces todas nuestras acciones, todos nuestros sentimientos, y aun nuestras mismas inclinaciones alabarán á Dios hasta la muerte.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore : Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc : Simile erit regnum cœlorum decem virginibus : quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes : sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum : prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est : Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola : Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenaron á cabecear y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor : Mirad que viene el esposo, salid á recibirle : entonces se levantaron todas aquellas vír-

genes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes : Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo : No sea que no haste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo : Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice : En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

MEDITACION.

DE LA VERDADERA SABIDURÍA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera sabiduría consiste en hacerse santo; cualquiera otra ciencia ó cualquiera otra habilidad no merece el nombre de esta virtud. Todos esos hombres grandes, cuya memoria hace tanto ruido en el mundo, y cuyo nombre brilla tanto en la historia, si se condenaron, fueron sabios de perspectiva. Celebre en buena hora el mundo sus ideas, sus preocupaciones, su jerigonza; pero desengáñese, que la sabiduría verdadera, propiamente hablando, no es otra que la ciencia de la salvacion.